

PSICOLOGIA CAUDILLAL

Uno de los rasgos más geniales del caudillo Franco es, sin duda alguna, la resolución tomada por el mismo de disolución de su guardia personal. La revista norteamericana «Time» destaca esta resolución calificándola de acto eminentemente psicológico. No ignoran nuestros lectores que además de la tradicional Casa Militar, y de la organización «Guardia de Franco», estaban al servicio directo del caudillo unos cuatrocientos mil soldados escogidos entre los más aguerridos de los cruzados con chibla de la guerra civil. Creemos nosotros que la psicología del caudillo no estriba en haber sabido dar satisfacción en estos momentos a cierta antipatía general hacia sus más íntimos guardianes, sino en que Franco, como buen africano, conoce al dedillo todas las posibles reacciones rifeñas.



CNT

Portavoz de la CNT de España en el EXILIO

HEBDOMADAIRE autorisé par le Ministère de l'Information en date du 3 mars 1946. Direc.: J. PEIRATS - Administr.: VALERIO MAS

N.º 661 - II EPOCA - Precio: 20 Frs Toulouse 29 Diciembre 1957

GIROS: «CNT» hebdomadaire, C.G.P. 1197-21. Tel.: MA 64-90.-TOULOUSE (Haute-Garonne) Redac. y Administr.: 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

ESTRATEGIA INFORMATIVA

También celebra la prensa internacional el alarde de la prensa española al reconocer públicamente la retirada de las tropas españolas de ciertas posiciones estratégicas en el enclave de tanto da hoy que hablar. No obstante, lo único notorio es la falta de claridad. En uno de los más frescos comunicados oficiales hemos podido leer nosotros lo siguiente, al pie de un grabado de las operaciones en curso: «Situación de los poblados de Tífin, Telata, Tenin de Amel-lu y Tinga, en el territorio de Ifni, que han quedado totalmente liberados como primera fase de las operaciones anunciadas por el Ministerio del Ejército.» Para que estuviera claro habría que cambiar la palabra «liberados» por «evacuados», pues la liberación ha consistido en abandonar al enemigo los referidos poblados.

MERIDIANOS DE LA LIBERTAD

ASI todos los testimonios que nos vienen de España son coincidentes en un aspecto concreto: el lamentable amoralismo entre la juventud. Que no se trata de pullas sistemáticas contra el régimen lo demuestra el mismo régimen apretando de vez en cuando las clavijas legislativas contra el llamado «gamberrismo». Constatada la llega, no está mal como ejecutoria de la labor moralizadora cristiana que echó sobre sus espaldas la civilización de la Cruzada.

La dictadura del equipo franquista no ha logrado meter al pueblo en un puño, ni en la Falange, ni en los sindicatos verticales, ni en misa. No ha conseguido uno solo de los objetivos de adocenamiento que se había propuesto. Pero se ha salido con la suya al retrogradar el nivel cultural medio de la juventud obrera; al hacer cundir entre los jóvenes, desamparados de toda tradición familiar edificante, el más desenvuelto escepticismo, la indiferencia o el ardor más negativas, el positivismo más vasto y basto.

No ha conseguido el régimen victorioso del caudillo electrizar las multitudes, que vitoreasen éstas, como en el pasado siglo, sus cadenas. Pero ha facilitado una de las evasiones colectivas más perniciosas: ha hecho rebrotar, con pocas de sus virtudes y muchos de sus vicios, una nueva versión de la picaresca.

El «ukase» gubernativo, y la siempre celosa pastoral, han constreñido lo máximo posible todo estímulo por preocupaciones elevadas. Lo que no han podido conquistar lo han destruido implícita o sistemáticamente. El hambre, el sobretrabajo, la incertidumbre del vivir, el ejemplo de la inmoralidad ambiente en los peldaños superiores y medios de la sociedad, han hecho cundir en las bajas esferas un pesimismo, un «presentismo», un «inmediatismo» desenfrenado. (¡A lo local! ¡A lo local!) En la base de esa regresión del espíritu está el hambre de libertad, la dosis brutal de tiranía. La crónica de sucesos diaria — no obstante el celo de la censura — no puede ser más elocuente. Aparte las evasiones organizadas oficialmente (los toros y los deportes), el constreñido se busca las suyas. El vivir revela las formas más grotescas de la lucha por la existencia, que siempre — es cosa sabida — no aguja el ingenio, no endurece la raza, no estimula ni escoge a los mejores.

Confesémoslo: el trabajo de varias generaciones ha sido terriblemente socavado. La experiencia está, como quien dice, al alcance de memoria de hombre. Con sus defectos y, tal vez, excesivas exuberancias, con sus más y sus menos, el proceso de regeneración moral e intelectual operado en España desde mediados del siglo pasado, no puede escapar a todo observador desapasionado. Sin ir más lejos, basta hojejar los papeles con tufo de época, editados a principios de siglo, para que nos demos cuenta del vuelco que en 1936 habían dado, en muchos lugares de España, nuestras costumbres. ¿Que el tiempo no pasa en balde? Justificación relativa si prescindimos del factor fecundante de la voluntad humana. El tiempo no hace nada por sí mismo. El tiempo lo hemos inventado los hombres para jalear nuestros hechos o nuestra pereza. Para el caso, por sí solo, no cuenta.

Hasta nuestros filósofos más pesimistas, más metafísicos y contradictorios, siquiera para ponerla en solfa, han admitido para la España moderna una «rebelión de las masas». Pero antes hubo una rebelión de los hombres a la que precedió una revelación de estos mismos hom-

bres. Revelación, porque se trataba de hombres nuevos, con piel nueva; con preocupaciones e inspiraciones, en el espacio y en el tiempo, también nuevas.

La órbita de la libertad, en nuestro país, cambió de meridiano con el siglo. Posiblemente por asco. Asco de verse desatendida, vilipendiada, escarnecida, defraudada, a merced de camarillas, ya militares, ya políticas, ya intelectuales estrechas. El nuevo meridiano de la libertad fué, en España, como un eco claro de Francia, la organización obrera.

Volviendo a nuestros papeles amarillentos, las romerías con tiros y puñaladas, los bailes no menos pendenciosos, a recaudo de esgrimidores de cuchillo y vara, los acontecimientos electorales amenizados con desplantes de matones a sueldo de caciques, el hervor en los garitos de juego, la fetidez de las tabernas, las rivalidades de campanario entre barrios o pueblos colindantes... Esta era la estampa popular al irrumpir el moderno sindicalismo en la vía pública.

El sindicalismo de ideas arruinó bailes y tabernas de trepa-fiesta, debilitó carnavaladas en Corpus, en Carnestolendas y en tiempo de elecciones, clausuró por quiebra los garitos de «prohibidos»; y, en cambio, abrió las primeras escuelas que merecieron este nombre, inauguró centros de confraternización y fundó bibliotecas, laudables

en suma, una mística optimista y realizadora a la inmensa mayoría de los españoles que es la que trabaja y produce cosas útiles y necesarias.

No haber comprendido esta profunda revolución, y no haberla estimulado, fué el gran error, preludio del gran crimen, de ciertas minorías intelectuales. Casi todo el drama español se cifra en esta funesta incompreensión. Las consecuencias han sido vastas, y todos los buenos deseos van a ser pocos para conseguir edificar nuevamente, en el eventual futuro, sobre tan impresionantes ruinas.



En esta reciente foto, el tirano aparece abstraído tanto de la simbólica maqueta, símbolo de viejas y descoloridas glorias, como de los lugares comunes de sus cortesanos.

El Sr. KRUPP tiene un cliente en Moscú

Hace doce años querían ahorcarlo. — El hombre que fué el símbolo del capitalismo nazi ha recibido ahora una orden para sus fábricas del gobierno soviético, ascendente a una considerable suma. — La historia de los barones alemanes del acero ha sido siempre la misma.

Por GIORGIO BOCCA

EL singular destino de los Krupp, los famosos barones alemanes del acero, es bastante sorprendente. Hace unos doce años querían ahorcar al último representante de su dinastía, o por lo menos, enterrarlo en una prisión para que desapareciera para siempre, junto con él, el nombre aborrecido de su familia. Hoy lo tratan con el mayor respeto y de todas partes del mundo le llegan órdenes por máquinas, acero, y hasta ideas.

Un plan suyo para la ayuda a los países subdesarrollados ha logrado el favor del gobierno norteamericano.

Turquía le ha confiado la construcción de sus líneas de ferrocarril; en India está construyendo una ciudad; en Suráfrica y en el Pakistán ha abierto canteras; los países de la América Latina le piden instalaciones portuarias; los satélites de la U.R.S.S. mantienen magníficas relaciones de negocios con él, y ahora, hasta la misma Rusia le ha hecho una orden para la fabricación de fibras artificiales por un valor de muchos centenares de dólares. En el contrato, firmado en el pasado marzo, pero que se ha dado a conocer sólo recientemente, aparece, junto a las firmas de los funcionarios soviéticos, la prolija y austera firma de Alfred Krupp von Bohlen und Haldach.

Doce años han tenido que transcurrir para arribar a esto: demócratas y comunistas solicitan la colaboración de aquél que fué el símbolo del capitalismo alemán en su edición nazi. La historia sigue su dialéctica: por una vez más, la política de las cosas ha hecho callar a la política de las ideas. Apagadas las santas ilusiones y caducos los buenos propósitos de la inmediata postguerra, un melancólico Krupp regresa a la escena. Alto, delgadísimo, de aristocrática frialdad, avanza con su media sonrisa, hacia ese 31 de marzo de 1958 que debe señalar, según los proyectos de los vencedores, su definitiva desaparición de la gran industria del acero y del carbón. El Alfred Krupp von Bohlen und Haldach, sabe bien que el 31 de marzo de 1958 señalará, por el contrario, la fecha de su triunfo.

Alfred Krupp, después de Gustavo Krupp: el destino de la familia es inmutable, la misma parábola marca la vida de cada generación; su mística financiera es su perenne filosofía.

Gustavo von Bohlen und Haldach, diplomático de carrera, se casó a principios de siglo con Bertha Krupp aportándole un título nobiliario para recibir en cambio un patrimonio inmenso que incluía fábricas y minas que empleaban a cuarenta mil obreros. Gracias a la benevolencia del Emperador Guillermo pudo más tarde hacer preceder su nombre con el de Krupp y bastó

(Pasa a la pág. 4.)

CRONICA

CUANDO LA LIBERTAD SE HACE NACIONALISTA

SE afirma doctralmente que el pujante nacionalismo a que asistimos desde el fin de las hostilidades de 1945, es un incontentible hábito de libertad. Nosotros seguimos en la nuestra: de que la libertad que tiene por mascarón de proa al nacionalismo es un vulgar espejismo. La nación, como suma y compendio de un apostolado libertario, tiene más que descubierta su incompetencia. En Europa, los nuevos Estados salidos del crisol medieval entretenían los ojos que les deparaban sus breves armisticios entregándose al deporte del coloniaje. Arabes, negros, indios americanos e hindúes, malayos y mongoles no entraron jamás en los cálculos del liberalismo nacionalista europeo.

América del Norte dió brillo a la segunda embestida nacionalista de la Edad Moderna. En 1776 rotapijan los futuros EE. UU. con la madre patria inglesa. Esta misma había desalojado a franceses y españoles de la América boreal, y a franceses, holandeses y portugueses del sur de África y litorales del Índico. Libres los EE. UU., promulga Monroe su famosa declaración: una especie de reto a la Santa Alianza que forman Prusia, Austria, Rusia y Francia. Casi toda América es independiente de España. Inglaterra la aliada de Iberia, en la guerra contra la invasión napoleónica, no es ajena a la liberación de la Gran Colombia. Casi simultáneamente ayudaba a la restauración de Su Majestad imperial en España y al levantamiento contra el imperio español.

La América de Monroe no había perdido el tiempo entre filípicas panamericanas. En 1836, Texas se había declarado independiente de México. El juego se vio claro al incorporarse los yanquis esta república en 1845. La resistencia de México costó a este la pérdida adicional de la Alta California y Nuevo México. La mitad se dijo — de su territorio.

La desafiada mandíbula del Tío Sam siguió bebiendo vientos imperiales en todas las latitudes. Su versión del imperialismo inauguró la nueva técnica de dominar sin ocupar. En 1910 desmembraban los independentistas yanquis a Colombia china por persona interpuesta. De ahí la República de Panamá.

El Japón había sido ya el primer objetivo a larga distancia de esta nueva política. En la primera mitad del siglo pasado los cañones de una escuadra al mando del comodoro Mathew G. Perry abrieron con amenazas los impermeables puertos nipones al comercio. Los japoneses fueron conminados a firmar tratados y a comprar al Occidente. Pero con el tiempo el comprador se convirtió en vendedor. ¡Y qué vendedor! Antes de la última guerra mundial había hecho saltar todos los precios occidentales. Japón aprendió también a ocupar territorios. China pagó los platos rotos de la independencia industrial y política del Japón.

El reparto de África se produjo en firme a partir de 1885. No se limita el imperialismo a abrir mercados a cañonazos sino que exige o toma — según los casos — las materias primas, donde las halla, con sus propias manos.

En 1896 los ingleses se apoderaron del sur de África que les habían «mandragado» los holandeses. Con el tiempo el sur de África conquistó su independencia; pero los nativos, de raza africana, quedaron como ciudadanos de tercera. Continúan extranjeros en su tierra. Hasta hoy recientemente en la «América» África no habían más que dos países semi-independientes.

El gran ciclo de la independencia contemporánea comienza cuando acaba la guerra de 1939-45. La India, Indonesia, Asia Menor, Norte de África, entran en escena. En la India el nacionalismo hindú, tan celoso de su independencia, no puede avenirse a que le reclamen otro tanto otras minorías nacionales. La lógica de los hechos consumados la haría hajar del burro en 1947. Pero la tensión entre Nueva Delhi y Karachi, entre Egipto e Israel, y entre los diversos Estados independientes o independizados del Cercano Oriente, en que no falta un Nasser con voraces tragaderas, demuestra que poco se ha evolucionado desde la Constitución de Filadelfia, desde la unificación de Italia, hasta nuestros días. Y queda mucho a ver, todavía.

José PEIRATS



VI. — DOS FILOSOFIAS

LOS «bárbaros» modernos, es decir, los Estados imperialistas acabaron con una indiferencia que durante milenios nadie había podido con-mover. Esta indiferencia estaba enfocada muy directamente en las fases políticas del país. Continuamente mal gobernado, con un enorme conglomerado campesino que emperadores y mandarines sólo tenían en cuenta para la recolección de pesados impuestos, el pueblo chino consideró la política como plaga social cuyos males sólo podían ser menguados con la indiferencia.

De aquí parte un hecho que muchos sinólogos no han considerado: una bifurcación de filosofías. Se dice generalmente que la China se ha regido durante siglos y siglos, bajo los auspicios de la filosofía de Confucio dando poca importancia a la de Lao Tzé, que fué una réplica denodada y cáustica a la escuela «ju». Se dice también que el Taoísmo, religión vernácula de China, fué fundado por Lao Tzé. En primer lugar, el Taoísmo tiene muy poco que ver con la filosofía Tao, que éste sería el nombre de la filosofía de Lao Tzé. Tao, que significa camino, es un término que aparece continuamente, no sólo en la filosofía Laoztziana sino que en los «Analectos» (13). Los discípulos

de Confucio lo mentan repetidamente. El propio Mo Ti hace uso del término. Tao, filosofía, es completamente ajeno al Taoísmo. No se trata ya de desviaciones como las que sufren todas las religiones que se hacen inidentificables con los preceptos de los fundadores: la religión cristiana, su ritualismo, su hipocresía y su oscurantismo, por un lado, está a mil cosas por debajo de los preceptos de amor e igualdad predicados por Cristo. Las enseñanzas de Budha no se encuentran en ninguno de los templos budhistas que saturan el Este y el Sur-Este asiático. El propio Neo-Confucianismo — amalgama, en principio, de budhismo y filosofía de Confucio — a pesar de ser relativa-

mente reciente, es también inidentificable.

No se trata de esta clase de desviación. Se trata que, desde un principio, la religión taoista no tuvo nada que ver con Lao Tzé. El único punto de contacto entre filosofía y religión, que es el utilizado por aquellos empeñados en darle a Lao Tzé la paternidad del Taoísmo, es la palabra Tao.

La China no ha dado filósofos completamente ateos, mas las creencias de aquellos sabios, en lo que a lo sobrenatural respecta, eran de una nebulosidad absoluta. El denominador común, para todos ellos, es el Cielo. Empero, hasta la llegada del Budhismo de la India, nadie había pensado en otra vida más allá de la terrestre. El Cielo era el receptáculo de todo y en donde se formaban los mundos, incluyendo la Tierra, Luna, Sol y estrellas. Si quisiéramos darle una interpretación «nuestra» al Cielo (Tien) chino, creo que el mejor vocablo sería «Naturaleza». Tao, que significa camino, es el que nos conduce al Cielo, es decir, a la Naturaleza. Y este es el Tao que aparece continuamente en la filosofía de Lao Tzé.

XVI. — LAO TZE

Lao Tzé, por lo visto, consideró nociva y perniciosa la filosofía confuciana y su obra es un ataque permanente al pensar de Confucio. No se sabe gran cosa de la vida y hasta se discute si ha existido. Lao Tzé significa «Viejo Maestro». A veces se le identifica como Lao Tan «Vieja Oreja Grande». Se supone fué contemporáneo de Confucio y que fuera responsable de los archivos imperiales en la ciudad de Lo, donde Confucio visitó en cierta ocasión.

(Pasa a la página 2)

Ha muerto el escritor NIKO KATZANZAKIS

«El pueblo griego es un pueblo mártir, mucho más si se tiene en cuenta que la necesidad de libertad es para él tan imperiosa como el pan.» Estas palabras de Katzanzakis fundan, en realidad, su temática; constituyen el fondo medular de su obra.

En su primer novela, «Alexis el griego», todavía se notaba una preponderante influencia en Katzanzakis: la de Fanót Istrati. Istrati fué aquel cazando rumano al que Román Rolland incitara a contarnos su deslumbrante visión de un Oriente colorido y fantástico. El Alexis de Katzanzakis, es también un ser primigenio, de exultante vitalidad, que pasa por la vida como un entusiasta de las más encendidas pasiones. En esa primer novela ya estaban resumidos, pero emporionaria mente, un arquetipo y un mundo. En sus novelas posteriores, Katzanzakis los desarrolló con verdadero talento de narrador.

Katzanzakis acaba de morir cuando su obra estaba alcanzando resonancia universal, cuando su nombre era uno de los que más insistentemente sonaban para el codiciado Premio Nobel. Ya no era joven, aunque nada de lo

que escribían o decía pareciera viejo. Había nacido en Creta, en Candia, esa ciudad enardecida que describe en «Libertad o muerte», en el año 1885. Su conocimiento de Grecia era tal que había creado, para que su obra pudiese ser leída en un país en el que pululan los dialectos, una especie de idioma panhelénico. Así pudo encontrar entre sus paisanos un gran auditorio, el que necesitaba una obra de la envergadura de la suya.

Cuatro son las obras de Katzanzakis verdaderas al español hasta ahora: «Alexis el griego» (Peuser, Bs.As.); «Melita», una pieza teatral que integra la Colección Losange; «Cristo de nuevo crucificado» y «Libertad o muerte» (Carlos Lohlem, editor, Bs.As.). De «Cristo de nuevo crucificado» ha realizado Jules Dassin un film que algunos críticos señalan como notable. Es, desde luego, de las novelas de Katzanzakis, la más importante.

Lo que pudiera parecer extraño en principio es que manejando personajes y lugares irreduciblemente locales haya logrado Katzanzakis acceder a la universalidad. Porque sus novelas es-

tán circulando por el mundo no de una manera esporádica y precaria, sino con éxito trepidante. De «Alexis el griego» se han hecho ya cuatro ediciones en castellano y de «Cristo de nuevo crucificado», seis. Sin embargo, el lector que se asome a ese mundo que Katzanzakis describe se sentirá maravillado por lo insólito y soberbio del mismo.

Frente a la invasión de literatura introspectiva, psicológica, sombría, la narrativa de este griego opone un desbordamiento de luz, de pasión, de naturalidad primitivamente eruptiva, que se manifiesta arrabataadamente. Claro que ese mundo y sus habitantes resultan un poco legendarios, que el acervo de Katzanzakis nos devuelve a un Homero más actual y distinto, pero en todo caso esa época histórica no deja de entroncar dramáticamente con la lucha presente que los cretenses llevan a cabo contra la dominación que repudian. No en vano dijo el autor, hace algunos meses, hablando de los deberes del artista: «Hoy en día, el escritor que quiere permanecer fiel a su misión, es un combatiente».

Benito MILLA.

UN HOMBRE DE IDEAS

por HEM DAY

EN su libro «Le syndicalisme révolutionnaire» Paul Delasalle, Jean Maitron rebasa como dice juiciosamente Edouard Dolléans en su prefacio «su título y la época a la cual se consagra».

Tiempos heroicos del sindicalismo, hélos aquí mezclados en la vida de un militante: Paul Delasalle. En su narración todo es preciso y limpio, aunque leyendo, no es una banal biografía lo que encontramos sino toda la historia social de una época, los mil y un hechos, las luchas de una organización obrera que será guiada e impulsada por hombres responsables que se desearán por hoy encontrar en el mundo sindical. No hay duda que tales militantes «ejercen un contagio a su alrededor» cuyo valor psicológico es fácil de apreciar.

¡Qué bella lección de energía para los jóvenes resulta de las páginas que J. Maitron ofrece a nuestras meditaciones! Tanto más bellas que el propio Delasalle. No estaba solo en la época. Supo cultivarse a sí mismo mediante un largo aprendizaje tenaz y voluntario, y adquirir así el bagaje de conocimientos que, poco después, iba a esparcir a su alrededor.

Sin embargo, en aquellos tiempos se trabajaban no menos de doce horas diarias para ganar el pan. La vida no era ni más fácil ni más bella que la de hoy, en que, en los mismos medios obreros, cada uno se remite al próximo a los efectos de la propia liberación. La «belle époque», sin duda, pero no para todo el mundo. Hoy es la semana de 45 horas, la semana inglesa o americana, las vacaciones, el doble peculio, facilidades de toda suerte. Todo no resulta estimulante para muchos. Se entrega uno al mundo artificial; es la hora de la radio, del cine, de la televisión. Se rinde culto al «skooter», al coche, las diversiones no faltan, y es natural, pues hemos rebasado el año 40.

Pero en medio de todo esto se olvida lo esencial, no se piensa, no se estudia, se vive y aceptan las vagas perspectivas de una «mecanización» del ocio, vecino o conducente a la deformación total del espíritu. Pues, en efecto, es con una parsimonia inverosímil que se roban algunas horas a las muchas dedicadas a la diversión. Sin duda que hay aquí y allá algunas excepciones. Convento en ello, pero son tan rarísimas.

Edouard Dolléans escribe todo esto con pertinencia en un prefacio que es

tácitos para lograr dar vida a esos organismos sindicales, para contrarrestar la influencia guesdista en el movimiento obrero francés. La lucha hubo que proseguirla largo tiempo todavía contra todas las tentativas de los partidos políticos, y fué finalmente liquidada por la intervención del P.C. francés sobre el conjunto de los sindicatos. Pero en aquellos tiempos, al lado de los Delasalle estaban los Pelloutier, los Pouget, los Griffuelhes, los Yvetot, un equipo de hombres templados en la lucha, atentos contra las traiciones; y hay que añadir que se hallaban secundados por una pléyade de hombres un poco olvidados hoy, pues jugaron un papel más desvaído en esta voluntad

(Pasa a la página 2)



—Los veranos los paso regular; pero los otoños, inviernos y primavera más malisimamente mal.





